

VII. ORACIÓN E INSISTENCIA (Continuación)

«Las dos terceras partes de la oración que hacemos son por aquello que nos daría el mayor placer posible recibir. Es una especie de autocomplacencia espiritual en la que nos involucramos y, como consecuencia, es lo exactamente opuesto a la autodisciplina. Dios sabe todo esto y mantiene a sus hijos pidiendo. Con el proceso del tiempo —su tiempo— nuestras peticiones adquieren otro aspecto, y nosotros, otra actitud espiritual. Dios nos mantiene orando hasta que, en su sabiduría, se digna a responder. Y no importa cuánto tiempo pase antes de que hable, es, incluso entonces, mucho más temprano de lo que tenemos derecho a esperar o esperanza de merecer.» — ANÓNIMO

EL TENOR de las enseñanzas de Cristo es declarar que los hombres han de orar con seriedad —orar con una seriedad que no puede ser negada. El cielo tiene oídos atentos solo para los de corazón entero y los profundamente sinceros. La energía, el valor y la perseverancia constante deben respaldar las oraciones que el cielo respeta y que Dios escucha. Todas estas cualidades del alma, tan esenciales para la oración eficaz, se ponen de manifiesto en la parábola del hombre que fue a su amigo por pan a la medianoche. Este hombre emprendió su cometido con confianza. La amistad le prometía éxito. Su súplica era apremiante: en verdad, no podía regresar con las manos vacías. La negativa rotunda lo mortificó y sorprendió. ¡Aquí incluso la amistad falló! Pero aún quedaba algo por intentar: la resolución firme, la determinación fija e inquebrantable. Se quedaría e insistiría en su demanda hasta que la puerta se abriera y la petición fuera concedida. Esto procedió a hacer, y a fuerza de insistencia aseguró lo que la solicitud ordinaria no había logrado obtener.

El éxito de este hombre, logrado frente a una negativa rotunda, fue utilizado por el Salvador para ilustrar la necesidad de la insistencia al suplicar ante el trono de la gracia celestial. Cuando la respuesta no se da de inmediato, el cristiano que ora debe reunir valor en cada demora y avanzar en urgencia hasta que llegue la respuesta que está asegurada, si tan solo tiene la fe para presentar su petición con fe vigorosa.

La laxitud, el desaliento, la impaciencia y la timidez serán fatales para nuestras oraciones. Aguardando el embate de nuestra importunidad e insistencia, está el corazón del Padre, la mano del Padre, el poder infinito del Padre, la voluntad infinita del Padre de escuchar y dar a sus hijos.

La oración insistente es el movimiento interior, sincero y profundo del corazón hacia Dios. Es el lanzamiento de toda la fuerza del hombre espiritual al ejercicio de la oración. Isaías lamentaba que nadie se esforzara para aferrarse a Dios. Mucha oración se hizo en los días de Isaías, pero era demasiado fácil, indiferente y complaciente. No había movimientos poderosos de las almas hacia Dios. No había un despliegue de energías santificadas empeñadas en alcanzar y luchar con Dios, para extraer de Él los tesoros de su gracia. Las oraciones sin fuerza no tienen poder para vencer dificultades, ni poder para lograr resultados notables, ni para obtener victorias completas. Debemos vencer a Dios, antes de poder ganar nuestra causa.

Isaías miró hacia adelante con ojos de esperanza al día en que la religión florecería, cuando habría tiempos de oración verdadera. Cuando llegaran esos tiempos, los atalayas no disminuirían su vigilancia, sino que clamarían día y noche, y aquellos que eran los remembradores del Señor no le darían descanso. Sus esfuerzos urgentes y persistentes mantendrían todos los intereses espirituales comprometidos y harían demandas crecientes sobre los inagotables tesoros de Dios.

La oración insistente nunca desfallece ni se cansa; nunca se desanima; nunca cede a la cobardía, sino que es sostenida y mantenida a flote por una esperanza que no conoce la desesperación, y una fe que no se suelta. La oración insistente tiene paciencia para esperar y fuerza para continuar. Nunca se prepara para dejar de orar y rehúsa levantarse de sus rodillas hasta que se recibe una respuesta.

Las palabras familiares, aunque alentadoras, de aquel gran misionero, Adoniram Judson, son el testimonio de un hombre que fue importuno en la oración. Él dice:

«Nunca me interesé profundamente en ningún objetivo, nunca oré sincera y fervientemente por él, sin que llegara en algún momento, sin importar cuán distante estuviera el día. De alguna manera, en alguna forma, probablemente la última que yo hubiera ideado, llegó.»

«Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.» Estos son los desafíos resonantes de nuestro Señor con respecto a la oración, y su indicación de que la oración verdadera debe permanecer y avanzar en esfuerzo y urgencia, hasta que la oración sea respondida y la bendición buscada sea recibida.

En las tres palabras *pedir*, *buscar*, *llamar*, en el orden en que Él las coloca, Jesús urge la necesidad de la insistencia en la oración. Pedir, buscar y llamar son peldaños ascendentes en la escalera de la oración exitosa. Ningún principio es más definitivamente enfatizado por Cristo que el de que la oración que prevalece debe tener en sí la cualidad que espera y persevera, el valor que nunca se rinde, la paciencia que nunca se cansa, la resolución que nunca vacila.

En la parábola que precede a la del Amigo a Medianoche, se esboza una lección muy significativa e instructiva a este respecto. El valor indomable, la persistencia incesante, la firmeza de propósito, son las principales entre las cualidades incluidas en la estimación de Cristo de la forma más alta y exitosa de oración.

La insistencia se compone de intensidad, perseverancia, paciencia y persistencia. La demora aparente en responder la oración es el fundamento y la demanda de la insistencia. En el primer caso registrado de un milagro realizado sobre un ciego, según lo da Mateo, tenemos una ilustración de la manera en que nuestro Señor parecía no escuchar de inmediato a aquellos que lo buscaban. Pero los dos ciegos continúan su clamor y lo siguen con su petición continua, diciendo: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Pero Él no les respondió y entró en la casa. Sin embargo, los necesitados lo siguieron y, finalmente, recobraron la vista y su causa.

El caso del ciego Bartimeo es notable en muchos aspectos. Es especialmente notable por la demostración de persistencia que este ciego exhibió al apelar a

nuestro Señor. Si fue —como parece— que su primer clamor se produjo cuando Jesús entraba en Jericó, y que continuó hasta que Jesús salió del lugar, es una ilustración aún más fuerte de la necesidad de la oración insistente y del éxito que viene a aquellos que lo apuestan todo a Cristo y no le dan paz hasta que les concede el deseo de su corazón.

Marcos nos presenta todo el incidente de manera gráfica. Al principio, Jesús parece no oír. La multitud reprende el clamor ruidoso de Bartimeo. A pesar de la aparente indiferencia de nuestro Señor, sin embargo, y a pesar de la reprensión de una multitud impaciente y de mal genio, el mendigo ciego aún clama y aumenta la intensidad de su clamor, hasta que Jesús es impresionado y conmovido. Finalmente, la multitud, así como Jesús, escuchan la súplica del mendigo y declaran a favor de su causa. Él gana su caso. Su insistencia prevalece incluso frente a la aparente negligencia por parte de Jesús, y a pesar de la oposición y la reprensión de la población circundante. Su persistencia venció donde la indiferencia tibia seguramente habría fracasado.

La fe tiene su provincia, en conexión con la oración y, por supuesto, tiene su asociación inseparable con la insistencia. Pero esta última cualidad impulsa la oración hasta el punto de la creencia. Un espíritu persistente lleva a un hombre al lugar donde la fe se apodera, reclama y se apropia de la bendición.

La necesidad imperativa de la oración insistente está claramente expuesta en la Palabra de Dios y necesita ser declarada y re-declarada hoy. Somos propensos a pasar por alto esta verdad vital. El amor a la comodidad, la indolencia espiritual, la pereza religiosa, todo opera en contra de este tipo de petición. Nuestra oración, sin embargo, necesita ser impulsada y proseguida con una energía que nunca se cansa, una persistencia que no será negada y un valor que nunca falla.

Tenemos necesidad, también, de pensar en ese hecho misterioso de la oración: la certeza de que habrá demoras, negativas y aparentes fracasos en conexión con su ejercicio. Hemos de prepararnos para estos, soportarlos y no cesar en nuestra oración urgente. Como un soldado valiente que, a medida que el

conflicto se vuelve más severo, exhibe un valor superior al de las etapas iniciales de la batalla; así el cristiano que ora, cuando la demora y la negativa le enfrentan, aumenta su petición ferviente y no cesa hasta que la oración prevalece. Moisés proporciona un ejemplo ilustre de insistencia en la oración. En lugar de permitir que su cercanía a Dios y su intimidad con Él dispensaran la necesidad de la insistencia, las considera como un mejor equipamiento para su ejercicio. Cuando Israel erigió el becerro de oro, la ira de Dios se encendió ferozmente contra ellos, y Jehová, decidido a ejecutar justicia, le dijo a Moisés al divulgar lo que se proponía hacer: «Déjame solo.» Pero Moisés no lo dejó solo. Se postró delante del Señor en una agonía de intercesión en favor de los israelitas pecadores, y durante cuarenta días y noches, ayunó y oró. ¡Qué temporada de oración insistente fue aquella!

Jehová estaba airado también contra Aarón, quien había actuado como líder en este negocio idólatra del becerro de oro. Pero Moisés oró por Aarón así como por los israelitas; si no lo hubiera hecho, tanto Israel como Aarón habrían perecido bajo el fuego consumidor de la ira de Dios.

Aquella larga temporada de súplica delante de Dios dejó su poderosa impresión en Moisés. Había estado en estrecha relación con Dios anteriormente, pero su carácter nunca alcanzó la grandeza que lo marcó en los días y años siguientes a esta larga temporada de intercesión insistente.

¡No puede haber duda de que la oración insistente mueve a Dios y eleva el carácter humano! Si estuviéramos más con Dios en esta gran ordenanza de la intercesión, más brillantemente resplandecería nuestro rostro, más ricamente dotados estarían la vida y el servicio, con las cualidades que ganan la buena voluntad de la humanidad y traen gloria al Nombre de Dios.